



BOLETIN INTERIOR DE LA BRIGADA

HA MUERTO NINO NANNETTI

No se puede restar en nuestras columnas un recuerdo a la figura del camarada caído, Nino Nannetti.

Luchador incansable; gesto heroico del hombre con ideal progresivo, que sale del marco vicioso de una absurda sociedad de servilismos y ambiciones mal entendidas, y surge su figura donde la lucha está, poniéndose al lado de sus hermanos en Bilbao, para, más tarde, encontrar la muerte en Santander.

Ejemplo de imitar es el de este luchador inagotable, que no pudo vivir en el ambiente enrarecido de su país, y, cual nómada, pasea su ideal a países más comprensibles y con materia para que él pueda reflejarse como hombre que entiende la idea libre del pensamiento.

Nannetti, hombre luchador, no somete su independencia a dictaduras más o menos burguesas, necesita ilimitados horizontes, para poder plasmar en el cuadro de la Humanidad sus divinos gallos colores de rebeldía, y por eso murió.

No te olvidamos, camarada, siempre perdurarás en los cerebros de tus hermanos de lucha; vives con nosotros, y nos ayudas, desde ultratumba, a la magna labor de tus enseñanzas, de tu arrojo y valor, estímulo, no sólo para los que en esta generación sufren, sino para la ya incubada con tus doctrinas.

Todos los que te trataron; todos los que vieron tu finu-

ra entre nuestros campos de batalla, supieron, con justicia, apreciar tu digna labor en favor de la idea; todos, en fin, te lloran, pero te saben admirar.

Tu sombra..., tu recuerdo, hace adquirir más brío, más virilidad a los que siguen luchando; porque ese mismo recuerdo tuyo es el acicate, es la guía, como la de tantos caídos gloriosamente, para nuestra honrosa historia del proletariado del mundo.

* * *

La muerte se ceba en nuestras gloriosas figuras de mando, como queriendo así destruir nuestra titánica obra, pero no pueden; nunca podrán llevar a cabo sus fines destructores, porque no son castillos de naipes nuestras máximas, es fortaleza inexpugnable, que sólo y exclusivamente puede derrumbarlo la razón; y la razón es la nuestra, la del que, cansado de oprobios, vejado en lo más sensible y delicado de todo su ser, tiene forzosamente que rebelarse contra tanta injusticia, contra tanto crimen.

* * *

Todo lo tenían, aun ansiaban más, querían nuestra sangre, porque ya les parecía poco su poder, y sangre han tenido, sangre roja, que riega los campos de batalla, hoy, como en otro tiempo, regará las cárceles, y las vías de nuestras ciudades, por defender nuestra justa razón.

Así ha caído este luchador, sacrificando, en aras de la libertad del mundo, todo lo que era.

ARGILES



(Foto Zamorano.)

Al comienzo de este segundo año de guerra, todos los combatientes antifascistas deben de hacer cristalizar en sus corazones, y en forma de un ideal de triunfo, las experiencias emanadas de la contienda. Estas enseñanzas nos confirman la excelsa verdad de que un pueblo es invencible cuando lucha en defensa de su libertad, en defensa de la justicia, en defensa de su bienestar.

Nosotros, los soldados del joven y ya glorioso Ejército Popular, defendemos, además, la libertad del mundo, amenazado por la tiranía fascista. La razón nos asiste, y el antifascismo mundial nos ayuda. Nuestra victoria es cierta. Vamos a pasos de gigante hacia su consecución. Continuemos, pues, el camino de la liberación, que nos llevará al triunfo

definitivo, sin vacilaciones, sin desfallecimientos, con la firme voluntad de vencer, y... venceremos.

COMANDANTE PEREA

Jefe del IV Cuerpo de Ejército

(Del Bimensual 17 División.)

España 1936 - 1937

¡Qué diferencia tan enorme, qué gran adelanto!, a pesar de la destrucción criminal reaccionaria; pero aun así y todo, se ha podido desterrar aquellos ágapes donde fluía la insensatez, puesta donde

tenía que estar la imbecilidad, lo absurdo, lo incoherente, en bocas de señoritos de alcurnia prostituida, con literatos plagistas y mujeres tan fáciles como su comprensibilidad. ¡Una limosna, señor, tengo hijos, no comen! ¿Es posible que exista esta escoria humana...? ¡Qué vergüenza para ellos! Que en la misma urbe vivan: unos, los elegidos, los limpios, y se contaminen de las pobreza que ellos no saben porque no quieren, porque ya sus mayores se dedicaron a exprimir el jugo obrero, para que estos pobres fuesen la nota pintorescamente trágica de nuestro gran país, que si ellos trataron de desprestigiar, nosotros sabremos honrar, que es la verdadera labor de los verdaderos y buenos hijos.

A.

La fortaleza de nuestro Ejército reside en la conciencia política de sus soldados

Por ENRIQUE CASTRO

Sub-comisario General de Guerra

Nuestra guerra, civil en los primeros días, de independencia después, tiene rasgos absolutamente diferentes a otras guerras. Igual que nuestro Ejército.

En nuestra guerra no se ventilan los intereses de tal o cual grupo capitalista. Se ventilan los intereses del pueblo español. Por esta misma razón nuestro Ejército no puede ser una reproducción del viejo Ejército, ni una imitación del ejército alemán e italiano, ni de otros países.

Porque esos Ejércitos no han sido creados para defender los intereses del pueblo.

Por eso están educados en la disciplina más brutal, que impide que el soldado piense, porque es seguro que pensaría de diferente manera que los que aplican la dictadura terrorista del fascismo o la voluntad del capitalismo. Por eso, en esos países se le engaña al soldado, haciéndole creer que cualquiera de las guerras en que participa representa la defensa de sus propios intereses.

Por eso, allí los cuadros de mando pertenecen a las viejas castas militares, a las clases opresoras, son producto mismo del fascismo o de la fracción capitalista que detenta el Poder, cuadros que imponen el silencio por el terror y que empujan a los soldados a guerras de invasión y barbarie con la punta de sus pistolas, que descargan sobre la espalda del que se rezaga en la marcha.

Y nuestro Ejército es todo lo contrario. Es un Ejército democrático. Donde cada uno sabe por qué lucha. Y lo sabe por propia experiencia. Porque en los doce meses de lucha ha visto la gran transformación operada en nuestro país. Ha visto pasar las tierras de mano de los terratenientes a la de los obreros agrícolas y campesinos pobres, ha visto las fábricas, ayer en manos de los capitalistas, en las manos, hoy, de los obreros que las trabajan para la guerra y por la victoria, que alejará para siempre de nuestro suelo a los invasores y enemigos del pueblo.

Porque en nuestro Ejército los soldados no han dejado de ser hombres. Piensan y saben, por lo tanto, que nuestra guerra es una guerra de exterminio, en la que no es posible ni pactos ni abrazos. Saben que nuestra guerra es la continuación bajo nuevas formas y más violentas de las luchas anteriores al 19 de julio. Por estas razones pelea con entusiasmo. Por eso ha sido capaz nuestro pueblo de crear en meses un Ejército, que es orgullo de la democracia. Porque nuestro Ejército, nuestros cuadros de mando son diferentes a los de los Ejércitos fascistas y de otros países capitalistas. Aquí, nuestros jefes son obreros y campesinos de ayer y los jefes del viejo Ejército que han probado su lealtad a la causa del pueblo.

Y en el desarrollo de todos estos factores, verdadera osamenta de nuestro Ejército, el Comisariado ha jugado un gran papel. ¿Por qué? Porque ha participado en el desarrollo de la potencialidad militar de nuestro Ejército, ayudando a comprender a cada jefe y a cada soldado por qué lucha, qué representará para él y los suyos la victoria de nuestro pueblo, y también a que tengan presente en cada momento del combate lo que representaría la victoria de los que pelean enfrente de él.

Por eso, nuestros Comisarios, cada día y cada hora, aumentan y muestran el balance en pleno desarrollo de su labor.

Y su obra tiene el lenguaje incontrovertible de los números. Ellos han creado (y recogemos solamente los datos de 72 brigadas) 687 Hogares del Combatiente; ellos editan 57 periódicos impresos (en todo el Ejército 130). Ellos han organizado 481 clases, en las que se educan 24.548 analfabetos. Tienen también 1.235 periódicos murales; han creado 490 bibliotecas, con un total de 54.381 volúmenes; han hecho llegar a los frentes 1.299.000 periódicos.

Han organizado cursos de preparación militar para los soldados, para dotar a nuestro Ejército de los cuadros medios imprescindibles para el funcionamiento regular de un Ejército.

Han sido los animadores permanentes de nuestros soldados, y cuando algún jefe ha caído, ellos han ocupado su puesto y continuado el combate.

Y su trabajo de ayer, de hoy y de mañana, por el desarrollo del contenido político de nuestro Ejército, de su capacidad militar y cultural, son la garantía más firme del mantenimiento del carácter popular y revolucionario de nuestro Ejército.

Y contra un Ejército de esta contextura nada podrán nuestros enemigos.

Por eso, nuestro pueblo se siente seguro de su Ejército. Por eso, nuestros Comisarios aumentan cada día su trabajo y lo mejoran. Porque quieren que nuestro Ejército mejore cada día y cada hora su potencialidad militar, sintiendo al mismo tiempo con más intensidad el deseo de obtener la victoria, que haga de nuestra patria una España libre de invasores y de todo peligro fascista.

La razón de la fuerza...?

Cuando la cuestión Abisinia, Mussolini se encontró con un pueblo indefenso y unas naciones que, haciendo poco honor a sus compromisos internacionales e influidos por los aparatosos desfiles del ejército italiano, dejaron las manos libres para que, con su moderno armamento, asesinaran cobardemente a un pueblo indefenso.

Ahora, engraidos de orgullo al ver que las potencias europeas le temían, ha querido repetir en España sus dotes de asesino, seguro que la Sociedad de Naciones no le impediría hacer lo que se le antojara. Y así ha sido, en efecto, las democracias europeas, al ver que los fascistas españoles y extranjeros obtenían algunos triunfos y llegaban con facilidad a las puertas de Madrid, se inclinaron (como siempre) del lado del que parecía que llevaba la fuerza (aun sabiendo que no la razón).

Pero cuando el fascismo internacional se frotaba las manos, considerando que la entrada en Madrid era cosa fácil, se levantó un pueblo que, hasta ese momento había vivido confiado, y viendo el peligro en que se encontraba, se clavó en las trincheras, parando cuantos ataques iniciaron para apoderarse de la capital.

Hoy aquel puñado de valientes ha forjado un potente Ejército disciplinado y bien dotado de material, que ya no se conforma con resistir, sino que ha iniciado ataques que, como el de Guadalajara, han servido no sólo para reconquistar unos pueblos, sino para demostrar al mundo que el terror de los ejércitos fascistas es un fantasma movido por Hitler y Mussolini para atemorizar a Europa; pero que ha bastado que el león hispano despertase de su letargo para, de un zarpazo, echar por tierra todo el orgullo y las bravatas de esos dos ridículos imitadores de Napoleón.

Ahora las democracias europeas (al darse cuenta que los ejércitos fascistas no son tan poderosos como creían), parece que reconocen que llevamos la razón (pero no confiemos mucho en ello), porque nos lo reconocerán mientras esa razón la apoyemos con la fuerza, pues a esas democracias, principalmente a Inglaterra y Francia, que, aunque comprenden que el triunfo del fascismo en España les perjudicaría a ellos tanto como a nosotros, tampoco quieren (como gobiernos capitalistas que son) que nosotros tengamos un triunfo completo, que, como consecuencia de él, llevaría al Poder a la clase trabajadora.

Por eso es esa política de vacilaciones, buscando un medio de poner término a la guerra en España, que amenaza convertirse en una guerra mundial; pero buscan un fin, de acuerdo con sus intereses, que no son en manera alguna los de los trabajadores; buena prueba de ello es el tan manoseado abrazo de Vergara, que sería el ideal de esas naciones; pero que demuestra un total desconocimiento del pueblo español, que en esta lucha se juega todo, y que, por tanto, está decidido a llegar al final, y, sin escatimar sacrificios, obtener el triunfo, a pesar de todas las trabas que en el plano internacional se le opongan.

PETACA

Un miliciano habla...

Un miliciano habla, sin tener méritos. Sólo convicciones profundas y experiencias adquiridas en el transcurso de la guerra. Con un poco de espíritu de observación, porque quedaba tiempo suficiente para ello, el miliciano, que escribe incorrectamente, ha llegado a forjar dentro de su conciencia, no cosas equivocadas, que siempre pueden modificarse, pero sí la seguridad más absoluta de que, al hablar o al escribir, no hace ninguna de ambas cosas de una manera apasionada, que sólo podría conducir en estos momentos al derrotero de las discusiones y de los odios. Pero este miliciano tiene que decir, que en medio de esta exaltación, que es un fenómeno natural en la guerra, existen ofuscaciones de algunos proletarios, que confunden, lamentablemente, en enemigos suyos a aquellos que sólo se diferencian de ellos en la clase de trabajo que desarrollan.

Este error es muy grave. La lucha por el mejoramiento de todos tiene que existir; existe, pero nunca se debe confundir en esta lucha al parásito con aquel que realiza, en efecto, una labor fecunda que no requiere encallecerse las manos. El hombre tiene diversas manifestaciones. Exigirle que piense sólo en teoría inaplicable a la práctica, no podrá originar más que un descontento interno que, a través de los años, puede convertirse en odio. Para el proletariado español sólo hay un camino de salvación. La unidad hecha sobre bases morales y de ataque decidido contra esa plaga perniciosa, cuyo poder corrosivo mina los cimientos y anula los prestigios de la sociedad política española. Toda labor legislativa, por buena y eficaz que sea en su letra y espíritu, resulta estéril al ser tocada por la zarpa de esa fiera que amenaza destruir al país. Pero de entre tanta declamación, ¿no podría sacarse el verdadero origen del mal?, que nosotros nos atreveríamos a encontrar en la dignidad humana, porque no es digno el que critica lo que es incapaz de hacer, conociendo perfectamente el efecto que su crítica va a causar en los que, por ser demasiado simples, creen con relativa facilidad.

La culpa mayor es de los que intentan conseguir prosélitos tergiversando las cuestiones, y también cabe algo de culpa a los que hacen caso, y a todos, por tanto, corresponde la enmienda.

Si el hombre fuera siempre digno de ser tal; si no estuviera satisfecho sino cuando todo lo debiera a sí mismo; si supiera hacer honor a su propia naturaleza, y jamás se sintiera vampiro ni sabandija; si velara constantemente por las prerrogativas de su personalidad, y fuera capaz de mantener en alto el trono que merecen su inteligencia y su corazón, entonces los pueblos estarían siempre atentos e interesados en su verdadero bienestar; tendrían noción de sus derechos y deberes; conocerían los límites y esferas de cada autoridad, y no serían, en una palabra, rebaños propicios a toda explotación; montón de pasiones mezquinas, donde no puede medrar el que no halague apetitos bastardos; pero sí prende cualquier chispazo de falsa redención, siempre que brille y actúe con bonita palabra y utilizando tópicos que no pueden ser consignas en nuestro país por las diferencias de psicologías que existen entre éste y el país que las supo poner en marcha.

Nosotros sabemos que la paz eterna se conseguirá cuando la justicia social sea dueña del mundo. Los hechos que conciernen al orden económico actual son universalmente conocidos. La miseria es causa de la superproducción, y aunque hay muchos planes para salvar la economía, nosotros sabemos que se realizarán cuando el interés por la colectividad esté por encima del interés personal o de partido.

Los hombres todos de izquierda deseamos la paz social, que sólo podremos conseguir triunfando en la guerra, aunque para conseguirlo tengamos que fomentar la industria de material de guerra, constándonos que estamos enriqueciendo a los industriales que todavía quedan en el mundo.

MIGUEL TORRES

Visado por la censura

En la guerra luchamos todos República y fascismo

Queridos compañeros: Ya es hora de que os hablé de algunas anomalías que se cometen, y ésta es una de ellas: las que se hacen con los viejos luchadores. Y me diréis, ¿a qué viene esto? Es para que se solucionen algunas quejas de algunos compañeros, que por tener la desgracia de frisar su edad alrededor de los cincuenta años, se les deja disponibles, y a otros muchos no se les hace ni caso; pero esto es una anomalía que se debe de subsanar de una manera firme y con conciencia; razones a exponer:



Optimismo en los semblantes, caso omiso al enemigo, que no puede darse cuenta de nuestra razón.

¿Cuando empezó la guerra, se llegó a mirar si los compañeros que luchaban tenían tal o cual edad? ¡No! ¿No fué bien conocida su actuación y su valentía? Pues demostrado tenemos cómo hombres, a los cuales se les llamaría viejos, eran los que con más entusiasmo conducían a la lucha a ese puñado de jóvenes que con ellos luchaban, y les daban ánimos. ¿De dónde sacaban fuerzas estos viejos? Pues lo hacían de la experiencia de la vida, por haber pasado muchas vicisitudes, de sus conocimientos guerreros y de ser los únicos conocedores de la necesidad de triunfar, para así redimirse y llegar a lograr de una vejez que, si estuvieran en manos de los fascistas, les llegaría bien el tener que pedir limosna o morirse en el arroyo como los perros.

Demasiado sabemos que tenemos jefes de esta edad y cómo actúan, como lo mejor de los mejores, pues son valientes como el que más, son buenos, porque su obligación es demostrar, como padres protectores de toda esa juventud que lucha en los frentes de batalla, que, aunque les sobra valentía les falta experiencia, y estos mismos jefes tienen la obligación de conservar y defender a estos viejos luchadores, dándoles cargos o empleos de los muchos que hay en la retaguardia, ya que éstos sienten la necesidad de cooperar a favor de la causa antifascista, y que estos mismos, siempre que puedan y sepan, se les debe de dar dichos cargos, y no tenerles abandonados, y si tenerles ante sus compañeros como espejos donde se pueda mirar esta juventud que lucha; y así pensarán que, cuando ellos lleguen a viejos, no se les tendrá como a seres inútiles, pues con esto no se hace más que hacerles perder la ilusión y el entusiasmo que se precisa para poder ganar la guerra que sostenemos contra esa canalla fascista.

Así, que yo pido a los altos cargos, y en particular a los comisarios, que se cuiden de subsanar estas anomalías, y que piensen en ellos mismos, ya que por su suerte unos y por su valor y su cultura otros, han llegado a desempeñar cargos que les honran ante todo el mundo, y al mismo tiempo deben de recapacitar los deseos que tienen todos estos que aquí expongo de ver que su cooperación por la causa es sana, y que lo han demostrado muchos, no teniendo ni un día de descanso desde que empezó la guerra, y todos han asistido a sus obligaciones con un ánimo grande y sin exponer una queja, y, por lo tanto, si se les quitara esta ilusión, sería quitarles la vida, y esto no lo merece quien desde un principio ha expuesto su vida, que es lo que pueden exponer todos los que luchamos por ver el día del gran triunfo, que cada día que pasa lo vemos más cerca.

Compañeros, ayuda a los camaradas que defienden al proletariado español.

¡Viva la República!—EL SARGENTO GOMEZ

Transcurrían los primeros días del mes de abril de mil novecientos treinta y uno.

El clamor vigoroso de un pueblo con ansias de libertad, estrangulaba las últimas horas de su vida de una monarquía egoísta y déspota, que se sostenía por un podrido militarismo de espuela. El sentimiento generoso de la verdadera voluntad popular quiso, y consiguió, que el régimen republicano llegara sin contorsiones sangrientas.

Así, respetando las vidas de quienes antes no habían sentido escrúpulos en dar órdenes de Inquisición, para que fueran ametrallados los obreros y estudiantes en las calles, frente a las Universidades, amaneció esplendoroso y lleno de vigor el primer día de la segunda República de España. El catorce de abril de mil novecientos treinta y uno.

El pueblo trabajador y laborioso—nunca mejor llamado soberano—habíase implantado un régimen democrático sobre los sólidos pilares del Trabajo, Justicia y Libertad.

Y el verdadero pueblo español, el nuestro, no ese conglomerado repugnante de anti-patriotas y extranjeros, mientras en las calles madrileñas respiraba a pleno pulmón su ideal de sano republicanismo y proclamando una República democrática para todos los españoles—que, en justicia, sólo a los que habían sabido luchar por conseguirla correspondía disfrutar—, protegía generoso, una vez más, las vidas de una familia de Borbones en su camino hasta las fronteras de España.

La joven República naciente, que tantos dolores costó engendrar, comenzaba a vivir, sin querer odios para nadie, y plena de magnanimidad para



Alegría juvenil en nuestros soldados, que desprecian el peligro, que no existe cuando no hay enfermedad.

los que habían sido antes sus enemigos más sanguinarios.

Mediados del mes de julio de mil novecientos treinta y seis.

Cinco años de régimen democrático y parlamentario, con incrustaciones de un bienio militar-derechista de triste recordatorio, lo creen motivo de justificación bastante unos militares, que habían jurado defender su patria (?), y un puñado de banqueros y capitalistas sin escrúpulos, para pretender derribar por la fuerza de su soberbia y de las armas el régimen republicano que se dió el pueblo en 1931 y reafirmó después, de una manera indiscutible en las urnas en unas elecciones memorables, que nunca olvidarán los antifascistas.

Y llegó el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y siete. La militarada no contuvo más tiempo su rabia impotente contra todo lo democrático y salió a la calle con sus cañones y sus fusiles, pero sin hombres, porque los verdaderos estaban en el pueblo, que a poco salían también con el pecho descubierto y deshacían en pocos momentos, en los sitios más importantes, todo el artificio de una sublevación militar y clerical, que intentaba implantar el fascismo en nuestra patria.

Los trabajadores de Madrid, Barcelona, Valencia y otras ciudades, se bastaron en unas horas para dejar limpio de la lacra fascista el suelo que pisa-

ban. En otros sitios, por la cobardía o deslealtad de los falsos republicanos radical-cedistas, se entregaban las plazas a los militares traidores, que acto seguido implantaban un régimen de terror y destrucción, pues, según ellos, con esos métodos se lograba la salvación de la España fascista, por lo que suspiraban los secuaces de Franco, Hitler y Mussolini.

Después, la destrucción y el asesinato, llegaron a hacer presa en los edificios, en las mujeres y los niños madrileños. Unos cañones y unos aviones, pagados con el mineral de nuestro suelo, según los cálculos—malos cálculos, claro—, del trío Franco-Hitler-Mussolini, con la complicidad de Portugal, bastarían para imponer el terror a los habitantes de Madrid, y tomar sin esfuerzo la capital de la República.

No fué así. Ellos destruyeron y asesinaron impunemente, pero el pueblo antifascista no se doblegaba ni se entrega a los instintos salvajes de los traidores. La horda continuaba haciendo destrozos en la capital. Un día quedaba destruido por las bombas fascistas un palacio de la antigua grandeza, custodiado y guardado celosamente por el pueblo. Otro día, los museos y las bibliotecas de una barriada. Más tarde, se arrojaban bombas incendiarias sobre un hospital...

Esta es la labor que se han impuesto los traidores cien veces a su patria, destruir, asesinar impunemente. Lo otro, lo nuestro, la Cultura y el ansia de crear no les importa.

RAFAEL E. DE LA ZARZA

Chófer del Cuerpo de Tren

Noticias de última hora

WASHINGTON. — Según manifiestan algunos altos funcionarios, el Gobierno de los Estados Unidos prepara la construcción de una de las más potentes estaciones radioemisoras del mundo, que está exclusivamente destinada a combatir la propaganda que el fascismo europeo realiza el Iberoamérica.—(Febus.)

ZURICH. — Quinientos soldados italianos, con seis oficiales y cincuenta suboficiales, han hecho, con trajes de campaña, ametralladoras y fusiles, la ascensión a Monte Blanco, izando la bandera italiana y ocupando las distintas posiciones fronterizas. La Prensa suiza y francesa comentan este rasgo de provocación, de un carácter realmente cínico.—(A. I. M. A.)

MADRID.—La Policía ha encontrado, en determinado lugar, un verdadero arsenal de armas, entre las que figuran rifles, mosquetones, escopetas, revólveres, pistolas automáticas y municiones para las mismas en gran cantidad.



Cultura física, reflejo del convencimiento de la próxima victoria final, debido a la higiene.

VALENCIA.—El teniente coronel Ortega se reintegra de nuevo a sus actividades militares, después de haberle sido aceptada la dimisión del cargo de director general de Seguridad.

LOS LEGIONARIOS DE LA MUERTE



Apuntes para la Historia del 149 Batallón

(Continuación.)

Con una diferencia de nivel superior de 800 metros y a una distancia de tiro que no llegaba a dos kilómetros; apuntando por la boca del cañón, el día 8, por la mañana, empezaron con violento bombardeo.

La casa, que se hallaba situada en el centro de un claro, presentaba, con sus muros blancos, que destacaban sobre el verde del paisaje, un objetivo magnífico.

Aquellos luchadores soportaron estoicamente el bombardeo, procurando protegerse en vano con los muros que los cañonazos hacían derrumbarse.

Aquel mismo día, al mediodía, hubieron de soportar de nuevo los efectos del cañón.

Se veía claro que la intención de los facciosos era hacer desalojar aquella posición, a fin de tener un sitio por donde bajar del Nevero, pero las fuerzas que guarnecían la Casa Forestal sabían la importancia de la posición y que, al abandonarla, el grueso de la fuerza sería atacado por el flanco, por otra parte, Perea les había mandado allí, y preferían morir todos antes que abandonar la posición que les había sido confiada; así hubieron de soportar nuevos cañoneos los días 9 y 10.

Las baterías facciosas no lanzaban sólo sus disparos contra la Casa Forestal, la posición del Puerto fué bombardeada varias veces.

Uno de estos días, en que Perea estaba comiendo el rancho de la fuerza con otros oficiales, como acostumbraba, en "Villa Empuje", empezó el bombardeo.

Algunos obuses cayeron en la proximidad de la barraca, sin que la comida fuera interrumpida, hasta que uno estalló al lado de ella. La explosión hizo trepidar las paredes de sacos terreros, que arrojaron gran cantidad de tierra dentro de los platos. Momentos después, otro obús cayó en medio de la carretera, a cinco metros escasos de "Villa Empuje". Temiendo hubiera causado víctimas, Perea y los oficiales que con él se hallaban, salieron apresuradamente.

Una nube de polvo, levantada por la explosión, impedía toda visibilidad. Sin embargo, por entre la nube se vieron correr tres sombras.

Eran los camaradas encargados del correo, que se hallaban comiendo en el "Palacio de Comunicaciones", y a cuya puerta cayó el obús.

Por fortuna, aquella barraca, hecha de cajones vacíos, soportó la explosión sin derrumbarse, y la metralla, siguiendo la trayectoria del proyectil, no hizo sino rozar sus paredes exteriores. En la carretera había un hoyo de más de medio metro de profundidad.

Pero la visión de aquellos tres camaradas corriendo por entre la nube de polvo, visión que tenía algo de Dantesca, y la suerte de haber salido los tres ilesos, hizo que este hecho se comentara durante varios días.

Perea dió una orden a un oficial, y éste se apresuró a cumplirla, y fué en busca de su enlace; inútilmente le llamó en dos o tres barracas donde la fuerza tenía orden de guarecerse en caso de bombardeo; por fin, en una le respondieron:

—¿Qué quieres?

—Sal, que tengo que darte un recado.

Y el oficial se retiró de la puerta de la barraca para dejar salir al enlace. Casi no había acabado de salir éste cuando una bala de cañón le dió de lleno en el cuerpo.

Sus restos fueron recogidos unos metros más allá, ennegrecidos, carbonizados.

La cartera con la documentación, que llevaba en el bolsillo de la americana, fué recogida tres días más tarde sobre el tejado de una barraca, a unos veinte metros de distancia.

Durante estos días, el enemigo, desbordando nuestra ala derecha y bajando por las peñas, logró establecer algunos nidos de ametralladora a nuestro flanco.

Esas máquinas, con sus fuegos cortaban la carretera, haciendo cada día más difícil la comunicación entre el puerto de Navafría y Lozoya.

Primero era solamente el kilómetro 9, donde en una recta de trescientos metros los chóferes habían de pisar a fondo el acelerador.

Después fué también el kilómetro 7; el 6, y, por último, el 4.

Algunos coches se quedaron en la carretera, y a pesar de que se los sacaba lo antes que se podía, mientras tanto dificultaban el tránsito de manera notable.

Alguno, incluso, por nerviosismo del conductor, rodó al barranco.

Sin embargo, a pesar del peligro que existía, todos los días subía la camioneta con el deseado rancho; y Perea pasaba y repasaba en su moto por entre las ráfagas de las ametralladoras.

En vista de que se llevaba ya cerca de un mes sin descanso, y para acallar las peticiones de permiso, Perea decidió que el batallón fuera por compañías a descansar a Madrid setenta y dos horas. Se hizo un sorteo, y la primera compañía agraciada fué la tercera.

El día 11 de septiembre fué relevada por otra compañía del batallón "U. H. P.", y salió, por fin, del infierno que representaba aguantar en la Casa Forestal el bombardeo durante tres días consecutivos.

Al regreso de la tercera compañía, la tocó en suerte a la segunda disfrutar del descanso, y nuevamente al regreso de ésta, el día 16 salió la primera.

El día 17, a las cinco y media de la mañana, casi de noche aún y estando descansando toda la fuerza, se inició un violento tiroteo sobre la posición de "el parapeto de la muerte".

—¡A ver, los de Alicante, todos arriba!—se oyó decir enseguida por el campamento.

Se creía sería un ataque más, como los que ya se habían sufrido, y no se juzgó oportuno levantar toda la fuerza.

Sin embargo, a pesar de que la orden era solamente para el batallón de Alicante, como el fuego de fusilería continuaba y se corría a los otros frentes, se levantaron todos, y, sin haber dado ninguna orden, a las seis de la mañana toda la fuerza estaba en sus respectivos parapetos.

El enemigo había intentado una sorpresa sobre la posición artillera, sorpresa que fracasó por la vigilancia de nuestros centinelas. Al verse descubiertos, se replegaron e iniciaron una ofensiva a fondo con todo el lujo de material de que disponían.

Perea estaba desde el día anterior en Lozoya, y el mando de la fuerza lo tenía el capitán Castillo.

En toda la línea, desde la posición artillera, (ala derecha), pasando por el puerto (centro) a la posición "del fuego" (ala izquierda), el repiqueo de los fusiles y ametralladoras era incesante.

De la Casa Forestal un enlace vino a comunicar que había sido atacada por numerosas fuerzas.

Una compañía de las fuerzas que habían sido agregadas a la Columna, flaqueó a los pocos momentos de comenzar la lucha y puso nuestra ala derecha en situación algo crítica.

La artillería faccosa, numerosa, de diez y ocho piezas de diversos calibres, lanzaba sin cesar su metralla sobre nuestras posiciones, mientras nuestras fuerzas, pegadas a los parapetos, con sus continuas y certeras descargas impedían todo avance del enemigo.

El capitán Castillo, de pie, en medio de la carretera, frente a "Villa Empuje", a pesar de estar batido aquel lugar por la fusilería enemiga, dirigía la operación; los enlaces llegaban rápidos de los diferentes parapetos, y después de cambiar breves palabras con el capitán Castillo partían no menos veloces con las nuevas instrucciones.

A menudo, un chasquido y unas piedrecitas y un poco de polvo que se levantaba en la carretera señalaba la caída de un proyectil.

Sobre las ocho de la mañana, alguien llegó corriendo a "Villa Empuje" y gritó:

—¡Pronto, una camilla! Han herido a Castillo.

En efecto, éste se había adelantado hacia un parapeto para precisar ciertos detalles, y al entrar en él, una bala le hirió mortalmente.

Por no haber una camilla allí en aquel momento, en una manta, sostenido por seis camaradas, fué bajado a Lozoya por veredas y senderos, ya que la carretera estaba cortada. El médico del batallón fué detrás de él.

Algunos días después falleció en el hospital instalado en el Casino de Madrid. Con él perdió la Columna uno de sus más valiosos hombres.

La noticia de la herida del capitán Castillo corrió rápidamente por todas las posiciones y enardeció más a nuestras fuerzas.

El cañoneo faccioso duró hasta las once de la mañana, en aquel momento la aviación enemiga hizo su aparición y arrojó buena cantidad de bombas sobre nuestras posiciones, tan pronto como se fueron los aviones, la artillería de nuevo emprendió su furioso bombardeo. El fuego de fusilería no había cesado.

El capitán Clairac, que tomó el mando de la fuerza al ser herido el capitán Castillo, comunicó por el heliógrafo a Perea la situación.

La orden que se dió fué de mantenerse firmes, que vendrían refuerzos.

Desgraciadamente, en Lozoya no había fuerzas; la autonomía que existía entonces entre las diversas Columnas era un obstáculo para traerlas de un punto determinado, ya que cada jefe de Columna tenía distribuidas todas las suyas y no era fácil distraer parte de ellas para trasladarlas a otra parte con la rapidez que el caso requería.

Durante todo el día Perea estuvo haciendo gestiones en ese sentido.

La ausencia del médico, que se fué a Lozoya acompañado del capitán Castillo, creó un problema.

La asistencia a los heridos, que no eran pocos, era necesaria, y el practicante con la enfermera no podían atender a todos.

Pero surgieron dos camaradas, y con ardor y entusiasmo, sin regatear esfuerzo, se dedicaron a la humanitaria labor.

Sin conocimientos técnicos, con sólo su voluntad y entusiasmo, aquellos dos camaradas salvaron aquel día, con sus cuidados, la vida de bastantes milicianos.

El no poder evacuar los heridos hacía más difícil su misión. Había que irlos distribuyendo por las barracas y durante todo el día atenderlos y oír sus continuas quejas.

Solamente al anochecer pudieron ser evacuados un pequeño número que podían andar, y siempre al cuidado de dichos camaradas, por senderos y atajos, trasladados a Lozoya. Tardando cuatro horas en recorrer los siete kilómetros escasos que hay por aquel camino.

En ruta esta pequeña caravana, se encontró con dos milicianos de la compañía que había flaqueado por la mañana, y que se habían escondido en el bosque.

Se les obligó a acompañar los heridos, y al entrar en Lozoya fueron entregados a la guardia de prevención.

Sobre las tres de la tarde y a pocos metros del lugar donde había sido herido el capitán Castillo, cayó muerto el ayudante de Perea, teniente Martínez.

El combate duró todo el día, a última hora de la tarde se reconquistaron algunas avanzadillas que había habido que abandonar por la mañana.

El cansancio era grande, no se había desayunado ni comido durante todo el día, y la tensión nerviosa que producía la artillería, sin cesar de disparar, provocaba al cabo un agotamiento, pero nadie trató de marcharse.

(Continuará.)

Imprenta del IV Cuerpo de Ejército.